
Presentación

A lo largo de la historia de la humanidad han existido por lo menos tres descubrimientos que la ciencia ha considerado como tres fuertes golpes al narcisismo humano. El primero de ellos se lo debemos a Copérnico cuando postuló que la Tierra no era el centro del sistema solar, sino tan sólo un planeta más que giraba en torno al sol. El segundo, tres siglos más tarde, proviene de Darwin y de su teoría de la evolución de las especies, que destrona al hombre de su origen divino, para verlo como una simple derivación accidental (tal vez una irreparable equivocación de la naturaleza) de una cierta especie de monos que, debido a determinados cambios ambientales, se vieron obligados a bajar de los árboles, asumir una posición erecta y comenzar a fabricar herramientas (el lenguaje, entre ellas) para su sobrevivencia. La tercera gran herida al narcisismo humano es producto de Freud, ese médico vienés que nunca se conformó a la idea de que la mente fuera sólo conciencia y razón, y que descubrió que gran parte de los comportamientos del hombre estaban regidos no por la lucidez de su juicio, sino por las sombras de su inconsciente, ese territorio habitado por los fantasmas de la infancia, en el que la voluntad y la conciencia no participan y que muchas veces nos convierte en esclavos de nosotros mismos.

A partir de Freud, la mente humana ha comenzado a verse como la figura compleja que es, como esa suerte de rompecabezas que aún hoy no hemos podido armar y cuyas piezas provienen de todas partes: de la neurofisiología, sin duda, pero también de zonas menos seguras y tangibles. En este número hemos tratado de acercarnos a esa figura desde distintas perspectivas. En ningún momento hemos pretendido dar una visión acabada de un problema tan complejo, se trata a lo sumo de acercarnos a él para agregar, tal vez, alguna nueva pieza a esa figura imprevisible. ♦